

LA TRAYECTORIA DE GOETHE

En "Los Motivos de Proteo", el ilustre uruguayo José Enrique Rodó, acerca de quien escribí hace aproximadamente un año, un breve estudio, subraya la complejidad del alma humana y afirma que cada uno de nosotros, no es sólo uno, sino muchos. Pienso que basta con un mínimo de conciencia de sí mismo para advertir la multiplicidad de nuestras reacciones en contacto con el mundo que nos circunda. El acontecimiento que apenas ayer observamos con indiferencia, ahora nos parece penetrado de una fuerza arrebatadora. La atracción por una mujer que hasta ayer se mantuvo dentro de los límites de la simpatía, ahora se convierte en pasión. O por lo contrario, el acontecimiento o la pasión que nos arrebató el día anterior, ahora nos parece despreciable. Pero lo esencial no consiste en comprobar la multiplicidad de que hablo, sino en una labor de selección que nos perfeccione y purifique, de modo semejante a la influencia que ejerce el mercurio al mezclarse con la piedra que se vacía sobre las mesas de beneficio, en las instalaciones mineras. Para el cumplimiento de tan delicada labor, se requiere no sólo conciencia de sí mismo; es decir, de la complejidad del alma humana, de la multiplicidad de hombres que se ocultan bajo la apariencia de uno solo de ellos, sino en la voluntad de mejoramiento mediante un procedimiento parecido al que se produce en la mesa de divorcio de la escoria y el metal. Gracias a la voluntad de mejoramiento de que hablo, la vida del hombre que aspira a perfeccionarse resulta una cadena inacabable de matrimonios y divorcios. Pero ¿en qué puede consistir el mejoramiento a que me refiero? ¿Cómo lograrlo? La respuesta a tales preguntas se encuentra en las preferencias de cada uno. Imposible imponerle a éste o aquél el procedimiento adecuado si no existe en él la voluntad de perfeccionamiento, o aspiración superior. A formar tal aspiración tiende la educación. No fué otro el propósito de Nietzsche al escribir su obra. Tal ha sido la intención de pensadores ilustres como Schiller. Tal es el caso de Goethe. "El más alto y típico

ejemplar de vida progresiva gobernada por un principio de constante renovación y de aprendizaje infatigable que nos ofrezca en lo moderno la historia natural de los espíritus, es sin duda el de Goethe. Ningún alma más cambiante que aquella, vasta como el mar y como él libérrima e incoercible; ninguna más rica en formas múltiples, ninguna otra tan resueltamente empeñada en construir la pirámide de su existencia", nos dice Rodó.

He citado las palabras de Rodó porque me parece que el número de lectores mexicanos del escritor uruguayo excede al de aquellos que conocen las "Conversaciones con Goethe" de Eckerman. Con excepción del Werther y acaso del Fausto, la obra de Goethe es conocida entre nosotros sólo por los hombres de letras como Alfonso Reyes. Un poeta como el Consejero del Duque de Weimar, ejemplo de vida progresiva, exige una atención cuidadosa y un examen minucioso, de allí que la Trayectoria de Goethe trazada por Reyes y que corresponde al número cien de los Brevarios del Fondo de Cultura Económica, merezca a mi juicio una bienvenida cordial. Reyes nos presenta el recorrido de un hombre superior, ofreciéndonos de tal suerte un modelo de lo que todos nosotros podemos llegar a ser. Como todavía hay quien acusa a Reyes de no ocuparse de México y lo mexicano, me pregunto si los impugnadores del autor de *Juntas de Sombras*, consideran que el retrato de un hombre superior no tiene nada que ver con nosotros.

Además de Eckermann, de Müller y de otros escritores ilustres que se han ocupado de analizar la obra de Goethe, apenas existe filósofo alemán o extranjero que no cite palabras del Consejero del Gran Duque, en apoyo o como confirmación de las tesis que sustenta. Ello significa que se le reconoce como una autoridad indiscutible. Valgan las palabras que anteceden como preliminar de esta nota que escribo al margen de la Trayectoria de Goethe. He comenzado la lectura del libro por la introducción. En ella nos dice Reyes "no presento pues una obra de crítica literaria, ni tampoco una biografía más de Goethe, sino que recorro la frontera en-

tre las dos zonas recogiendo los principales hechos de aquella vida, hasta donde ayudan a apreciar la evolución de aquella mente y alterno la narración de los episodios esenciales con breves reflexiones que marquen las etapas sucesivas". Efectivamente, no cabría en mi opinión clasificar la Trayectoria de Goethe, como una obra de crítica literaria stricto sensu; sin embargo, hay en las breves penetrantes y finas reflexiones que marcan las etapas sucesivas de la vida del gran escritor, crítica de muy buena cepa como la que nos ofrece acerca del Werther y del Primer Fausto (pág. 34) crítica que no podía faltar en un libro que nos presenta la evolución de un espíritu incoercible, según las palabras de Rodó; en mutación constante —al menos durante el período que corresponde a su formación— según Groethuysen. La labor de Reyes responde y corresponde exactamente al propósito que la orientó. "Los intérpretes extremos —nos dice— nos dan un Goethe abstracto y a veces estático. Los biógrafos extremos, un ser vivo, sí, pero que lo mismo pudo no ser Goethe. La verdad está en el medio aristotélico. Hay que conciliar los dos métodos para mejor apreciar la sensibilidad de Goethe y su contemplación del mundo, siempre en desarrollo, tendidas sobre los sucesos de su existencia". Aunque en las primeras líneas de la introducción nos dice Reyes que le falta dar estabilidad y coherencia a apuntes o notas que escribió en 1932, yo encuentro en el estudio que ahora nos ofrece una solidez inegable. Quiero decir que hay en La Trayectoria de Goethe la firmeza de esos estudios de Leonardo. No nos producen el efecto de una obra acabada, pero nos dejan ver el armazón por decirlo así que más tarde hubiera servido al gran pintor para perfeccionar la imagen de su elección. La Trayectoria de Goethe tampoco nos parece una biografía a la manera de las escritas por André Maurois, sino el itinerario de una vida multiforme, inquieta, proteica. Reyes nos lleva de la mano a lo largo del camino que recorrió el poeta, pero no para hacernos ver los numerosos sucesos en los que éste intervino, sino el efecto que produjeron en él. De manera que lo mismo sus viajes que sus conflictos sentimentales, sus éxitos o sus

fracasos, no representan en realidad más que pretextos para que Reyes emita su propia opinión al margen de tales sucesos. En mi concepto, La Trayectoria de Goethe, constituye una cadena de interpretaciones.

El Breviario en estudio se compone de seis capítulos. En el primero de ellos nos presenta la infancia del poeta, su afición por los títeres donde —nos dice Reyes— "bulle el germen del segundo Fausto; la preocupación pedagógica del bardo en embrión, el horror a la fealdad bajo todas las formas". En el segundo capítulo Goethe regresa a Leipzig donde se inscribe en la Facultad de Derecho; escribe y quema lo que escribe; se enamora de Katchen, "dulce Catalina del pueblo". En el tercer fragmento o sea el segundo Francfort a donde regresa sin haber sustentado ni un solo examen, persiste "en su sueño de fabricarse una religión a su gusto en que se combinaran la magia, la teología y la alquimia, preñados del Fausto". En el fragmento que corresponde al número cuatro, nos habla Reyes de las disciplinas a que se somete el poeta empeñado en "emanciparse del miedo a los espectáculos repugnantes, de la intolerancia al ruido, de los pavores indefinidos, visitando por la noche los cementerios". Federica Brion le canta las tonadas de Alsacia donde el poeta "cree escuchar por primera vez la auténtica voz de la naturaleza. Rousseau sigue hablándole al oído". "Herder aparece en el horizonte. Goethe se le acerca y Herder —que le lleva cinco años y tiene ya un renombre de crítico— lo vapulea y lo sacude como para quitarle la hojarasca de encima. Pero Goethe sólo aprenderá en los demás lo que cuadraba a su forma. Lo propio le acontecerá con Herder, Spinoza, Jacobi o Kant". En Strasburgo, el poeta se enamora de Federica Brion, la misma que le revelara el encanto de la música alsaciana; aquel viejo amor pudo resolverse en matrimonio, pero Goethe vuelve la espalda a Federica "para acudir a las promesas del universo". En el fragmento que sigue lo encontramos nuevamente en Francfort donde para olvidar a Federica, se entrega a la práctica de varios deportes, "anda cabalgando de pueblo en pueblo, trepa a una roca solitaria". Allí se encuentra

a punto de caer en las redes de Luisa von Ziegler, cuando su padre decide enviarlo a la Cámara Imperial de Wetzlar, donde Goethe se dedica al estudio de los griegos. "Píndaro le arrebató". En Wetzlar se encuentra con Carlota Buff. De aquel encuentro en un baile campestre nace una amistad que se "torna peligrosa" pero Merck acude en su auxilio y "trata de distraerlo con los encantos de una estupenda Juno, moza en libertad". Pero "la borrasca hace crisis a lo largo de quince días". En esta ocasión ha triunfado de sí mismo en "buena lid, gracias a la virtud de dominio que Píndaro acaba de aconsejarle". En el fragmento que sigue o sea el titulado "El Cuarto Francfort", el poeta tropieza con Lili Schoeneman, huérfana de un padre banquero, quien no logra sacar al bardo de sus casillas. Aquí aparecen los hermanos de Augusta Stolberg quienes resuelven llevarse a Goethe consigo en un viaje a Suiza. El poeta vive en un infierno de inquietud. Acude a Merck y le pide que convenza al padre del mismo Goethe para que lo mande a Italia. No obstante las diferencias en materia de credos religiosos entre Goethe y Lili, la huérfana del banquero, recuerda a aquél con cariño y el bardo, por su parte declaró muchos años después que Lili fue su amor más verdadero.

Goethe acaba por prendarse de la Condesa Imperial Augusta Stolberg, a quien le escribe "¡qué lejos estás, quiero verte, tenerte a mi lado!", pues ella vivía en Copenhague. "Knebel se alarma de verlo siempre en conflicto con su yo". Y el poeta por su parte "ya pide que no se cuente con él por algunos días, dada la perturbación que lo aflige". "Se compara con el "caballo mecedora" que se balancea sin avanzar o con Tántalo o con Filóctetes herido o con San Sebastián acribillado de flechas". "Mi vida es un vórtice de placer y de dolor". "Cambio cien veces al día". Estos y otros documentos —aclara Reyes— nos lo muestran arrastrado por el instinto y por el torrente de las pasiones. El fragmento que sigue se titula El Torbellino. El comentarista comienza diciéndonos que "El alma de Goethe se apresura tormentosamente hacia el equilibrio". "¿Cómo fue que pudo salvarse el más expuesto? ¿Cómo escapa a la disgre-

gación mental...? Precisamente aliviando poco a poco aquel ahogo emocional y sometiendo la violencia a medida".

He transcrito los párrafos esenciales de los fragmentos que corresponden a la juventud del poeta porque en mi concepto dejan ver la confusión y anarquía de aquella alma constantemente solicitada por la mujer, por la belleza, confusión que de ninguna manera alcanzaría a acreditar a Goethe como un espíritu excepcional, si no advirtiéramos como advertimos que lo mismo durante los primeros años de su vida que en su madurez y más tarde ya en plena declinación, no retrocede ante el abismo, sino que llega hasta él y lo interroga para aprovechar las respuestas.

En el segundo capítulo, Reyes nos presenta a Goethe en Weimar donde accediendo a la invitación del Duque se entrega al servicio público. "El servicio público — nos dice Reyes — significa un aprendizaje de acción y de renunciamento, únicas armas que faltaban a su verdadera libertad. El sujeto dolorido se va curando al volcarse sobre las obligaciones objetivas. Ya no es aquel mecerse al grado de la tormenta y la tempestad, sino el sortearlas y vencerlas". En el capítulo tercero encontramos al poeta en Italia, teatro de una de sus aspiraciones más íntimas y largamente acariciadas. En sus conversaciones con Eckerman, frente a la mesa donde se reúnen Augusto y la vivaz Otilia", el viejo maestro evoca sus días de Italia sin atinar —según Reyes— a definirlos como un placer o un dolor. "Todo viaje es un alivio moral. Pone tregua a las obligaciones habituales, a las costumbres que se han vuelto tiránicas; desarma el sistema de trabazones entre el individuo y el ambiente, permitiendo una cierta huelga biológica. Viajar, por eso, es ser feliz. Partir es revivir un poco. Y más cuando el término del viaje es Italia, camino de la tradición, de la cultura eterna" —comenta Reyes. Donde quiera —sigue diciéndonos Reyes— que Goethe reduce a sus líneas maestras una maraña de ideas o incorpora, por decirlo así, su explicación de un objeto palpable, parece que se acuerda de Italia. Allá en tierras de la dulce Italia el poeta descubre la luz, "la luz mediterránea que tiembla en las telas de Claudio

Loreneo, desde entonces ya comprensible a sus ojos". Al volver de Italia es ya otro —advierte Reyes— siendo todavía el mismo, o si se prefiere, es más él mismo. El segundo fragmento del capítulo tercero, se titula "La Nueva Metamorfosis". El poeta se siente agarrado por preocupaciones de orden científico, "forma y formación de las nubes, dirección de los vientos, latitudes, régimen pluvial, estructura del suelo, flora: todo ello es objeto de anotaciones y pequeñas teorías". No son sólo las preocupaciones científicas las que lo solicitan, sino las costumbres y los monumentos. La Catedral de Estrasburgo le induce a considerar "el arte como un crecimiento vivo". "El Jardín Botánico de Padua le dicta los primeros trazos sobre el posible desarrollo de toda planta desde una forma esencial y única". En el capítulo quinto aparece Schiller quien "según la crítica, parte el alma de Goethe en dos mitades". Reyes nos habla largamente del autor de Don Carlos en páginas de sabor biográfico, pero sin olvidar al personaje central que es Goethe; páginas no menos interesantes que las anteriores, escritas como a vuela pluma por la agilidad que respiran, pero perfectamente equilibradas y amenas. En ellas vemos a Schiller desempeñar un papel semejante al de las sustancias catalizadoras. En el capítulo quinto resuena el estrépito de la invasión napoleónica y aparece Cristina con quien se desposa el poeta. En el capítulo sexto o sea el titulado "Últimas Cumbres", nos presenta Reyes a tres personajes: Minna, Bettina y Mariana y nos habla de la atracción —al menos las dos primeras— que ejercieron sobre el poeta. Minna —aclara Reyes— pudo inspirarle algún fragmento de Pandora, pero esto no quiere decir amor. Bettina se presenta al bardo en traje de hombre, le echa los brazos al cuello y luego se duerme en las rodillas. "Goethe se dejaba embriagar un poco en la atmósfera de aquella naturaleza arrebatada y graciosa". Más tarde vuelve a encontrarse con Ulrica, "criatura angelical", con quien el poeta emprendía excursiones de carácter científico y de quien acaba por enamorarse "en plena gloria de sus setenta y tres años". El corazón del bardo no envejece. Parece, por lo contrario que con cada año que transcurría, se dilataran los

poros de la viscera cordial para permitir el paso a los efluvios amorosos. En este mismo capítulo aparece otra figura ilustre, la de Byron, por quien Goethe se interesa apasionadamente. Reyes nos deja ver la influencia del ex Consejero del Gran Duque en el poeta inglés y observa que "Byron es una de las posibilidades ideales de Goethe lanzada a la aventura práctica". En este mismo capítulo asistimos a la muerte del poeta. Reyes remata su estudio-biografía con las siguientes palabras de aliento poético: "Criatura de Apolo y de Dionisio, es medida desmesurada. Se escabulle como Proteo y escapa en el vuelo de Euforión. Es fiel y es voluble en sus amores; nunca falsamente seductor, sino sinceramente ofrecido. Se da y se recobra, se enloquece y se salva. Vende el alma al diablo y no se la entrega. Sale incólume de sus propias tormentas, pero resiente los terremotos lejanos y los eclipses de las estrellas. En una constante coartada, es una presencia constante. Mucha sustancia natural ha entrado con Goethe en la literatura. Habla tan cerca de su pensamiento y piensa tan cerca de su vida, que vence el oficio conceptual del lenguaje y sus palabras parecen hechos... No acabamos de darle mate porque se nos sale del tablero. Es inabarcable y a veces, también invisible. ¿Cómo poner sitio al gran abuelo? Por todas partes a un tiempo nos asalta y nos sobresalta. El ha dado por consigna a su alma: ¡Fuego en toda la línea!"

No pretendo, ni mucho menos, haber presentado un resumen o síntesis del último libro de Reyes. Ni me lo propuse. El deber del crítico no consiste en formular resúmenes o síntesis, sino en hacer ver las excelencias de la obra que elige como pretexto de su comentario. Me he limitado a señalar los aspectos que considero característicos. Para justipreciar el valor de la obra, es necesario leerla y releerla. Encontramos en ella el mismo cuidado escrupuloso en la documentación, la misma minuciosidad, el mismo acierto en el juicio, que se advierte en cualquiera de los libros de nuestro gran escritor. Me contentaría con despertar la curiosidad de aquellos que no han podido o no han querido leer un libro ameno, interesante e instructivo. De sus páginas, como de un crisol, emerge

la figura venerable de Goethe, de modo semejante a los genios de "Las mil y una noches" que brotaban de los cofres que la marea arroja a la playa y son destapados por la mano de la curiosidad.

Eduardo LUQUIN.

Suplemento del Nacional.

México, mayo 15 de 1955. Núm. 424

CARTA A ALFONSO REYES

Mi querido don Alfonso: Como me dirijo a usted, con ocasión de sus Bodas de Oro de escritor, quiero que mis lectores compartan conmigo el regocijo, la admiración y la simpatía vivísimas que a todos nos produce en América, porque usted es el "mexicano universal", pero también, y por ello, nuestro Alfonso de América, verlo arribar a sus cincuenta años de ejercicio de la más perfecta vocación, como hombre de letras, y de la más armoniosa vida humana, como hombre integral que ha podido "alzar la estatua de su alma —como dijera usted mismo de la de Alarcón— con los despojos de esta realidad que todos los días nos asalta". Y ¡qué estatua ejemplar la de su alma, querido amigo! A todos tiene que regocijarnos verlo llegar, como señala el doctor Raimundo Lazo en el justo ensayo que le dedica con tan fausta ocasión, "en plena primavera del espíritu". El caso de su eterna juventud es único en este continente. Vive usted en plena creación, en plena faena poética, al cabo de medio siglo de la más iluminadora trayectoria de pensamiento, siempre profundo, siempre original, siempre bellamente expresado en un estilo único, pleno de la misma gracia que se desborda por cada poro de su espíritu. Me lo imagino a usted alborozado, chispeándole los ojos, esos ojos suyos que me perseguirán siempre en el recuerdo, girando como dos puntos negros encendidos en constante movimiento, indagando siempre, entablando coloquio con seres, cosas y hechos, hilvanando la secreta armonía de todo lo existente en la síntesis poética de su inagotable energía creadora. Me lo imagino así porque tiene usted que sentirse plenamente satisfecho. Pocos seres alcanzan a ver la culminación de una obra tan vasta y tan importante, clásica e inmortal, desde la altura de un jardín en plena floración, como el que rodea la hermosa Biblioteca donde vive usted en compañía de su insustituible doña Manuelita. Allí los evoco a cada rato con la más profunda de las envidias por aquel ambiente de paz y de trabajo, por aquel espíritu indefinible de armoniosa perfección espiritual que allí ustedes transpiran y respiran.

¡Cuánto daría por poder volver a asomarme a su mundo!, a aquel mundo físico mexicano, porque a su mundo literario gusto de asomarme constantemente. Pero, por mucho que imagine las más deliciosas fruiciones del paladar, ante nuevas persepectivas de su obra, usted siempre me sorprende. Hace poco me llegó un relato suyo que apareció en el periódico *Vida Universitaria* de la Ciudad de Monterrey, su patria chica, titulado *La Cena* que es simplemente uno de los cuentos más maravillosos que he leído en mi vida. En el acto pensé escribirle para pedirle por favor, en nombre de todos sus lectores, que nos hiciera usted un regalo especial con motivo de sus Bodas de Oro con la pluma: una novela suya. Usted, que ha cultivado con el mismo éxito los más variados géneros, al extremo de que han podido discutir distintos críticos la preeminencia de su creación poética o de su oratoria o de su extraordinaria labor ensayística, usted que, para definirlo con palabras del doctor Lazo, es “un caso de concurrencia de notas excepcionales, pluralidad excepcional de aptitudes y realizaciones, de dimensiones y calidades, de valores y enseñanzas”, ¿por qué no escribe una novela con todo ese poder sugeridor, esa gracia indefinible, esa atmósfera de misterio, de sorpresa y tensión ante lo inesperado que se presente, se desea y se teme al mismo tiempo, que pone usted en el relato de su personal aventura que nos narra en *La Cena*, en el más fascinador de los estilos? ¡Qué novela sería! A cada rato comienzo a leer novelas que luego dejo a medio transitar, porque les falta a casi todas esa garra del escritor, ese encanto del estilo, esa armonía entre fondo y forma que usted domina. “Maestro de transparencia y sobriedades”, lo llama Lazo al analizar cada faceta de su producción literaria en la cual, como muy bien dice él, “no es dable separar nunca la experiencia poética persistente, la maestría del narrador, la finura y originalidad del ensayista, la información copiosa, hondura y solidez conceptual del hombre de pensamiento, el arte de cultor de la forma impecable. Por eso no puede concretamente representarle y definirle el poeta, ni el narador, ni el orador, ni el ensayista, ni el prosista artístico, sino la síntesis de todas esas persona-

lidades, en la que, si, para darle unidad, alguna predomina, es la personalidad compleja del ensayista, constituída de este modo por una fastuosa pluralidad de dotes específicas” (1).

Cuando recibió usted tan justamente, el Premio “Manuel Avila Camacho” de letras, al mismo tiempo que ese otro gran Alfonso de México, Alfonso Caso, recibía el mismo premio correspondiente a ciencias, no hace todavía un año, quise escribirle para comentar las bellas palabras que en aquella memorable ocasión en que se inauguraba a la vez la nueva casa del *Fondo de Cultura Económica* al cumplirse su vigésimo aniversario—usted pronunció, con aquel ardidido mensaje final a la juventud sobre la vocación. Decía usted entonces que “La Literatura, la poesía, son como una vasta investigación *en busca de la conciencia nacional* (ésa que andamos buscando en Cuba todavía) encaminada a dar al ser mexicano mayor vinculación con la tierra y un apoderamiento mayor sobre las realidades del mundo”. A eso mismo aspiramos en Cuba los que cultivamos las letras. Entonces manifestó usted lo que explica la alegría que hoy nos invade y la suposición de su gran contentamiento, que “todo halla compensación en el júbilo de la creación”.

Sumido en ese incomparable “júbilo de la creación” lo vemos desde aquí compartiendo su alegría. Y haciendo votos por que Dios le conceda muchos años de vida juvenil y fecunda, y pueda regalarnos con la novela que me he atrevido a pedirle, le envía desde Cuba un abrazo en el que no caben toda la devoción y el afecto que le tiene la más humilde de sus discípulas americanas.

Anita ARROYO.

Diario de la Marina.

Mayo 31 de 1955.

(1) Lazo, Raimundo, *La Personalidad, la Creación y el Mensaje de Alfonso Reyes*, Departamento de Intercambio Cultural de la Universidad de La Habana, 1955.